

ciatas. Les está prohibido alterar con olores la naturaleza del aceite, y teñir la lana, como no sea con color de púrpura. Así, ni hay perfumadores, ni casi tintoreros entre los Esparciatas. No deberian conocer ni el oro ni la plata, ni por consiguiente haber personas que elaboren estos metales. En el ejército pueden ejercer algunas profesiones útiles, como de heraldo, trompeta, ó cocinero, con la condicion de que el hijo siga la profesion de su padre, segun se practica en Egipto.

Tienen tal idea de la libertad, que no pueden conciliarla con el trabajo de manos. Volviendo de Atenas uno de ellos, me decía: vengo de una ciudad donde nada es indecente. Con esto indicaba los que proporcionan cortesanas por el dinero, y los que se dan á tráfico menores. Hallándose otro en la misma ciudad, supo que acababan de condenar á una multa á un ocioso; y fué á ver, como cosa extraordinaria, á un ciudadano, condenado en una república, por haberse eximido de toda especie de servidumbre.

Fundábase su sorpresa en que las leyes de su país se proponen principalmente librar las almas de los intereses facticios, y de los cuidados domésticos. Los que tienen tierras están obligados á arrendarlas á los hilotas: aquellos entre quienes se suscitan contiendas, deben terminarlas amigablemente; porque les está prohibido gas-

tar los momentos preciosos de la vida en seguir pleitos, igualmente que en operaciones mercantiles, y otros medios que se emplean comunmente para aumentar el caudal, ó distraerse de su existencia.

Sin embargo, ellos no conocen el fastidio, porque nunca están solos, nunca ociosos. Parte del dia emplean en nadar, luchar, correr, jugar á la pelota, y demas ejercicios del gimnasio y evoluciones militares: despues tienen por obligacion, y como diversion asistir á los juegos y combates de los educandos: de allí se van á los Lesqués, que son unas salas distribuidas en los barrios de la ciudad, donde suelen juntarse los hombres de toda edad. Gustan muchísimo de la conversacion, pero casi nunca hablan de los intereses y proyectos de las naciones, sino que escuchan sin cansarse las lecciones de los ancianos, y oyen con gusto referir el origen de los hombres, de los heroes y ciudades. Se templa la gravedad de estas conversaciones con sales frecuentes.

Estas asambleas, como tambien las comidas y los ejercicios públicos, las honran siempre los ancianos con su presencia. Me valgo de esta expresion, porque la ancianidad, despreciada en otras partes, eleva á un esparciata á la cumbre del honor. Los demas ciudadanos, y principalmente los jóvenes, gastan con los ancianos

aquellos miramientos que ellos mismos exigirán cuando lleguen á serlo. La ley les obliga á cederles el paso cuando los encuentran , á levantarse cuando se presentan , y á callar, cuando ellos hablan. Se les oye con deferencia en las asambleas de la nacion , y en las salas del gimnasio: asi es que los ciudadanos que han servido á la patria , lejos de ser mirados como extraños al fin de su carrera, son respetados, unos como depositarios de la experiencia, y otros como aquellos monumentos, de que se tiene por sagrado, el conservar las reliquias.

Si se considera ahora que los Esparciatas dedican una parte del tiempo á la caza y á las asambleas generales; que celebran un gran número de fiestas, á que da mayor realce el concurso de la música y del baile, y en fin, que los placeres comunes á toda una nacion son siempre mas vivos que los de un particular, lejos de compadecer su destino, se ve que les proporciona una sucesion no interrumpida de momentos agradables, y espectáculos interesantes. Dos de estos excitaron la admiracion de Pindaro: allá es, decia, donde se encuentra el valor ardiente de la juventud guerrera, templado con la sabiduria de los ancianos; y los triunfos brillantes de las Musas, seguidos siempre de los raptos de la alegría pública.

Sus sepulcros, sin ornato, como sus casas.

no anuncian distincion alguna entre los ciudadanos: está permitido ponerlos en la ciudad, y aún cerca de los templos. Ni las lágrimas, ni los sollozos acompañan los funerales, ni los últimos momentos del moribundo; porque los Esparciatas no extrañan mas el verse morir, que el hallarse viviendo: persuadidos á que toca á la muerte fijar el término de sus dias, se someten á las órdenes de la naturaleza, con la misma resignacion que á las necesidades del Estado.

Las mugeres son altas, fuertes, robustas, casi todas hermosas; pero su hermosura es mesurada y respetuosa. Hubieran podido dar á Fídias muchos modelos para su Minerva, y pocos á Praxíteles para su Venus.

El vestido de las mugeres es una túnica ó especie de camisa corta, y una ropa que baja hasta los calcaños. Las jóvenes, obligadas á dedicar todos los momentos del dia á la lucha, á la carrera, al salto y á otros ejercicios penosos, no suelen tener mas que un vestido ligero y sin mangas, que sujetan en los hombros con broches, y cuyo ceñidor le tiene levantado mas arriba de las rodillas, quedando abierto á los dos lados por la parte inferior, de suerte que queda descubierta la mitad del cuerpo. Estoy muy lejos de aprobar este uso, mas voy á proponer los motivos y efectos, segun la respuesta

de algunos esparciatas, á quienes manifesté mi sorpresa.

Licurgo no podía sujetar las mugeres á los mismos ejercicios que los hombres, sin apartar cuanto estorbaba sus movimientos. Habia observado sin duda que el hombre no cubrió su desnudez hasta despues de corromperse: que sus vestidos se han multiplicado á proporcion de sus vicios: que las bellezas que le seducen pierden muchas veces sus atractivos á fuerza de mostrarlas; y en fin, que las miradas no amancillan sino á las almas ya amancilladas. Guiado de estas reflexiones, emprendió Licurgo establecer con sus leyes tal consonancia de virtudes entre los dos sexos, que quedase reprimida la temeridad del uno, y protegida la debilidad del otro. Así, poco satisfecho con imponer pena capital contra el que deshonrase á una doncella, acostumbró á la juventud de Esparta á no avergonzarse mas que del mal. El pudor despojado de una parte de sus velos, fué respetado por una y otra parte, y las mugeres de Lacedemonia sobresalian por la pureza de sus costumbres. Añado á esto que Licurgo ha tenido partidarios entre los filósofos: Platon quiere que en su república hagan sus ejercicios en el gimnasio las mugeres de toda edad, sin mas vestidos que sus virtudes.

Una esparciata sale al público con la cara des-

cubierta hasta que se case: despues, como no debe agradar mas que á su marido, sale con velo; y como él solo debe conocerla, no corresponde á otros hablar de ella con elogio. Pero este velo sombrío, y este respetoso silencio, no son mas que ofrendas tributadas á la decencia. En ninguna parte están las mugeres menos observadas, ni con menos sujecion; ni en ninguna han abusado menos de su libertad. La idea de faltar á sus esposos, les hubiera parecido en otro tiempo tan extraña como la de ostentar la menor afectacion en su adorno. Aunque en el dia no tienen la misma prudencia, ni la misma modestia, son no obstante mas puntuales en sus deberes, que las demas mugeres de la Grecia.

Tambien tienen un caracter mas vigoroso, y lo emplean con feliz éxito en dominar á sus esposos, quienes consultan gustosos con ellas los asuntos domésticos, no menos que los de la nacion. Se ha notado que los pueblos guerreros son inclinados al amor; la union de Marte y de Venus parece que prueba esta verdad, y el ejemplo de los Lacedemonios sirve para confirmarla. Un dia decia un extrangero á la muger del rey Leonidas: « vosotras sois las únicas que teneis ascendiente sobre los hombres. Sin duda, respondió, porque somos las únicas que ponemos los hombres en el mundo. »

Estas almas fuertes dieron, hace algunos años, un ejemplo que sorprendió á toda la Grecia. Al ver el ejército de Epaminondas, llenaron la ciudad de confusion y terror. ¿Empieza su caracter á alterarse como sus virtudes? ¿hay alguna fatalidad para el valor? ¿podrá un instante de debilidad contrabalancear tantos rasgos de grandeza y elevacion como las han distinguido en todos los tiempos, y manifiestan todos los dias?

Tienen una alta idea del honor y de la libertad; y algunas veces la llevan tan adelante, que no se sabe qué nombre dar al sentimiento que las anima. Una de ellas escribia á su hijo, que se habia salvado en una batalla: « corren malas noticias de tí: ó hazlas cesar, ó deja de vivir.» En otra ocasion semejante, escribia una á su hijo: « te doy gracias de haberte conservado para mí.» Aun los que quieran disculpar á la segunda, no podrán menos de admirar á la primera. Igualmente les maravillaria la respuesta de Argileonis, madre del célebre Brasidas, la cual al noticiarle unos tracios la muerte gloriosa de su hijo, añadiendo que jamas habia dado Lacedemonia un general tan grande, les dijo: « extrangeros, mi hijo era hombre de valor; pero sabed que en Esparta hay muchos ciudadanos que valen mas que él.»

Aquí está sumisa la naturaleza sin ahogarla;

y en esto consiste el verdadero valor. Por eso los éforos decretaron honores distinguidos á esta muger. Pero ¿quién podría oír, sin estremecerse, á una madre á quien dijeron: « vuestro hijo ha muerto, sin haberse separado de su puesto;» y ella respondió al punto: « que lo entierren, y que se ponga su hermano en su lugar?» Otra estaba en el arrabal, esperando la noticia del combate. Llega el correo: le pregunta, y le dicen: vuestros cinco hijos han muerto. — «No te pregunto eso: ¿peligra mi patria? — Triunfa. — Pues bien, me resigno gustosa con mi pérdida.» ¿Y quién tampoco pudiera ver sin terror aquellas mugeres que matan á sus hijos, si están convencidos de cobardía? ¿y las que, corriendo al campo de batalla, hacen que les enseñen el cadaver de su hijo único, miran con inquietud las heridas que ha recibido, cuentan las que pueden honrar ó deshorrar su muerte, y conforme á este cálculo horrible, marchan orgullosas al frente del acompañamiento, ó se encierran en sus casas para ocultar sus lágrimas y su deshonra? *

Estos excesos, ó mas bien estas maldades del

* Este último hecho, y otros casi semejantes, parece que son posteriores al tiempo en que las leyes de Licurgo se observaban exactamente. Despues de su decadencia fué cuando el falso honor se apoderó de las mugeres y muchachos de Esparta.

honor, exceden tanto la capacidad de la grandeza que conviene al hombre, que jamas han participado de ellos los esparciatas mas fanáticos por la gloria. Ved aquí la razon. El amor de la patria es entre ellos una virtud que los obliga á hacer cosas sublimes; y en sus esposas una pasion que intenta cosas extraordinarias. La hermosura, el adorno, el nacimiento, las gracias del ingenio no tienen en Esparta bastante aprecio para poner distincion entre las mugeres; y así, se vieron obligadas á fundar su superioridad en el número y valentía de sus hijos. Mientras estos viven, gozan de las esperanzas que dan: despues que mueren, gozan de la celebridad que adquirieron. Esta fatal sucesion es la que las hace feroces, y el motivo de que su adhesion á la patria vaya algunas veces acompañada de todos los furores de la ambicion y de la vanidad.

A esta elevacion de alma que manifiestan todavía de cuando en cuando, sucederán luego, sin destruirla enteramente, unos sentimientos bajos; y la vida de ellas no será otra cosa, que una mezcla de pequeñez y grandeza, de barbarie y de voluptuosidad. Ya se dejan llevar muchas del brillo del oro, y de los atractivos del placer. Los Atenienses, que censuraban altamente la libertad que se dejaba á las mugeres de Esparta, triunfan viendo esta libertad dege-

nerando en licencia. Los mismos filósofos reprehenden á Licurgo, porque solo pensó en la educacion de los hombres.

Examinaremos esta acusacion en otro capítulo, y al mismo tiempo indagaremos las causas de la decadencia de las costumbres de los Esparciatas*. Porque, es preciso confesarlo, ya no son los que eran un siglo hace. Unos se enriegen impunemente con sus riquezas: otros corren tras los empleos que sus padres se contentaban con merecer. No hace mucho tiempo que se descubrió una ramera en las inmediaciones de Esparta; y lo que no es menos peligroso, hemos visto á Cinisca, hermana de Agesilao, enviar á Olimpia un carro de cuatro caballos para disputar el premio de la carrera, poetas para celebrar su triunfo, y al Estado levantar un monumento en honor suyo.

No obstante, en medio de esta degradacion, conservan todavía algunos restos de su grandeza antigua. Nunca los vereis recurrir á fingimientos, ni á bajezas, ni á ninguno de aquellos medios mezquinos que envilecen las almas: son codiciosos sin avaricia, ambiciosos sin ardid. Los mas poderosos tienen bastante pudor para ocultar la licencia de su conducta; viniendo á ser como unos desertores, que temen las leyes

* Véase el capítulo LI.

que han quebrantado, y echan menos las virtudes que han perdido.

Al mismo tiempo he visto esparciatas, cuya magnanimidad excitaba á elevarse hasta ellos. Conservaban su elevacion sin esfuerzo, sin ostentacion, sin ser atraidos hácia la tierra por el brillo de las dignidades, ó por la esperanza de las recompensas. No exijais bajeza alguna de ellos : no temen ni la indigencia, ni la muerte. En mi último viage á Lacedemonia, estaba yo en conversacion con Talecro, que era muy pobre, y con Damindas, que tenia con que pasarlo muy bien. Llegó uno de aquellos hombres que Filipo, rey de Macedonia, asalariaba para comprarle partidarios; y dijo al primero: «¿qué bienes teneis? — Los necesarios,» respondió Talecro volviéndole la espalda. Amenazó al segundo con la indignacion de Filipo. «Hombre infame, respondió Damindas, ¿qué es lo que puede tu amo contra los hombres que desprecian la muerte?»

Contemplando atentamente esta mezcla de vicios nuevos, y de virtudes antiguas, me parecía estar en un bosque, abrasado por algun incendio; y viendo en él unos árboles reducidos á ceniza, otros medio consumidos, y otros, que no habiendo sido tocados por la llama, levantaban con arrogancia hasta los cielos sus copas.

CAPITULO XLIX.

DE LA RELIGION Y PIESTAS DE LOS ESPARCIATAS.

Los objetos del culto público no inspiran en Lacedemonia mas que un profundo respeto, y un silencio absoluto. Allí no se permite en este punto ni disputa, ni duda: adorar á los dioses, honrar á los heroes, es el único dogma de los Esparciatas.

Entre los heroes á quienes han levantado templos, altares ó estatuas, se distinguen Hércules, Castor, Polux, Aquiles, Ulises, Licurgo, etc. Lo que debe maravillar á los que no conocen las